«LOS SANTOS DE CADA DÍA»

61/01 noviembre 2026/1303

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis **7**, 2-4.9-14)**:** ***La victoria es de nuestro Dios.***
Salmo (**23**, 1-2.3-4ab.5-6) ***«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»***
2ª lectura (1ª Juan **3**, 1-3): ***Ahora somos hijos de Dios.***
Evangelio (Mateo **5**, 1-12a)**:** ***Dichosos vosotros.***

Los textos bíblicos nos permiten pensar que la santidad no puede limitarse a aquellos santos que consiguieron llegar a los altares. Otros muchos que aceptaron el mensaje del evangelio e hicieron de las bienaventuranzas su programa de vida forman la muchedumbre inmensa, que nadie puede contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del Cordero, y que celebran la victoria del Señor. Ellos lavaron y blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero.

El Apocalipsis distingue claramente entre la comitiva celeste que acompaña al Cordero victorioso y el número dispar de los que asisten a la gran celebración de la victoria: ciento cuarenta y cuatro mil (12x12x1000) marcados de todas las tribus de Israel y una muchedumbre inmensa que no excluye a ninguna raza o lengua. No son pues sólo los hijos de Israel, aquellos que habían sido marcados primero con el sello del Dios vivo, sino otros muchos que debieron superar la gran tribulación, los invitados a la fiesta. Todos ellos constituyen el grupo que goza perpetuamente de la presencia del Señor. No importa su nombre, ni sus títulos de nobleza, a todos se les ha devuelto aquella vestidura blanca, símbolo de inocencia, que recibieron en el bautismo al incorporarse en el grupo de los que buscan al Señor.

Con esa esperanza de llegar un día a verle y conocerle tal cual es, vive el hombre de manos inocentes y puro corazón. Esa esperanza le mantiene fiel frente a otras alternativas que le brindan los falsos dioses. En ese ejercicio de la virtud, en ese esfuerzo constante por no confiar en las apariencias, va purificando cada día el hombre su existencia hasta descubrir su condición de hijo de Dios y su destino en el cielo. La fe en Dios Padre alimenta la esperanza de que su amor no nos abandona y fortalece nuestro ánimo para afrontar con alegría un programa tan arduo como el que describen las bienaventuranzas.

Para cada día y para cada momento sirve el anuncio de la dicha reservada para los pobres en el espíritu, para los que lloran, para los sufridos, para los que tienen hambre y sed de justicia, para los misericordiosos, para los limpios de corazón, para los que trabajan por la paz, para los perseguidos por causa de la justicia. En cualquier momento en que el insulto o la calumnia nos identifiquen con la causa de Dios, no debemos perder nuestra esperanza de recibir en el cielo la recompensa que aquí se nos niega. Si por defender la verdad no conseguimos el aplauso y la reverencia, e incluso si la verdad es aceptar nuestra responsabilidad y culpa, todavía nos cabe la esperanza de conseguir la vestidura blanca por la sangre del Cordero.

Superar el dolor y la tribulación por un camino que no sea la aceptación gloriosa, la que ya nos enseñó Jesús primero en su propia vida y después en el programa de las bienaventuranzas, es añadir nuevos elementos de confusión y sin sentido a nuestras vidas, incapaces de asegurar a nadie la dicha y felicidad, que sólo es verdadera si lo es también el cielo.

Al leer el texto del Apocalipsis sobre los ciento cuarenta y cuatro mil marcados de la tribu de Israel, un paisano pensaba con cierta angustia que ya no cabía dentro del cupo de los sellados. Se resistía a pensar que Dios sólo aceptaría un número determinado de fieles, hasta que comprendió que también la multitud indiscriminada, la que nadie podía contar y que procedía de toda nación, raza, pueblo y lengua, también formaba parte del gran cortejo que acompañaba y celebraba la victoria del Cordero. Nuestro paisano había manchado sus vestiduras con demasiada frecuencia, había caído víctima de las garras del pecado y no sentía la alegría de poder escuchar un día su nombre entre los elegidos, entre los santos.

¿Cuál era el título que daba derecho a formar parte de este glorioso cortejo? El texto bíblico abre una línea esperanzadora al decirnos que incluso los que habían manchado sus vestidos pueden lavar y blanquear su manto en la sangre del Cordero. De esta forma se afirma que la santidad no está reservada para aquellos que nunca mancharon sus vestidos, para aquellos que pudieron demostrar con testigos y hechos significativos que su vida fue una respuesta siempre fiel a Dios, sino que incluso pueden llegar a la santidad los que se conviertan, los que laven sus vestidos y vuelvan a adquirir la limpieza de corazón.

El verdadero título de santidad lo otorga la participación en la vida de Jesús cuyo programa queda bien definido en la carta magna del cristiano: *"las Bienaventuranzas"*. Las situaciones y comportamiento que tiene que afrontar el cristiano según las bienaventuranzas es una muestra de que el camino de la santidad no es fácil, sino que requiere un esfuerzo denodado para superar la gran tribulación que supone el renunciar al propio éxito en favor de la verdadera felicidad. Sumarse al cortejo del Cordero es entonar con alegría que el honor, el poder y la fuerza, la bendición y la gloria son de nuestro Dios, ahora y siempre. No forman parte de esta procesión los que quieren para sí el honor y la gloria que sólo a dios pertenecen.

Más allá de los ciento cuarenta y cuatro mil, continua, siguiendo sus pasos, una pléyade innumerable de santos anónimos que no renunciaron al programa de las bienaventuranzas y cuya fiesta celebramos con el vivo deseo de participar en el cortejo del Cordero.